

y tal vez la *cabeza mas fuerte* que haya aparecido nunca sobre la tierra, santo Tomás, confesar sin embozo : *Que habia sacado toda su ciencia del pié de su Crucifijo.*

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que iluminó nuestra alma con las vivas y seguras luces de la fe. ¡ De cuántos errores nos ha curado, y de cuántos desórdenes nos ha apartado enseñándonos á conocerlos, y á conocernos á nosotros mismos y á las criaturas ! Dadnos la gracia de aprovecharnos bien de tantas luces, porque se pedirá mucho á aquel á quien mucho se haya dado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé con atencion las lecciones del Catecismo.*

LECCION XII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA FE.

Tercer artículo del Símbolo. — Misterio de la Encarnacion. — Divinidad y humanidad de Nuestro Señor : ventaja social de este artículo. — Artículo cuarto del Símbolo. — Misterio de la muerte y pasion. — Actas de Pilatos. — Testimonio de san Justino, de Tertuliano y de Eusebio de Cesarea : ventaja social de este artículo. — Artículo quinto del Símbolo. — Resurreccion : ventaja social de este artículo. — Rasgo histórico.

El artículo tercero del Símbolo está contenido en estas palabras : *Que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María, y nos enseña tres grandes verdades.*

La primera, que el Verbo, la segunda persona de la santísima Trinidad, el Hijo único de Dios desde toda la eternidad, fué hecho en el tiempo Hijo de María; de modo que la misma Persona divina, sin dejar de ser Dios, como lo era de toda eternidad, se hizo hombre, lo cual no era antes. Así es como el apóstol san Juan ha explicado este misterio profundo, cuyo conocimiento habia sacado del mismo corazón del Salvador. Despues de haber declarado la naturaleza del Verbo con estas palabras : *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, termina con las siguientes : *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros*⁴. De aquí el nombre tan perfectamente justo de *Encarnacion* dado á este misterio por los Doctores de la Iglesia, especialmente por los Padres del primer concilio de Nicea en su Símbolo : *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Añadamos que convenia al Hijo encarnarse, para que todas las cosas fuesen restauradas en el cielo y en la tierra por aquel por quien habian sido hechas en el principio.

Qué fué concebido por obra del Espíritu Santo. Estas palabras expresan el modo nuevo y milagroso como se verificó la Encarnacion. El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la santísima Trinidad, y un mismo Dios con el Padre y el Hijo, formó con su poder infinito de la purísima sangre de la Virgen el cuerpo admirablemente perfecto de un niño en el seno de María. Al mismo tiempo crió un alma nobilísima, que unió al cuerpo de este niño, y el Verbo divino unió uno y otra á su divinidad, de manera que en un instante Jesucristo fué Dios

⁴ Joan. 1, 14.

perfecto y hombre perfecto, y la santísima Virgen verdadera y propiamente la madre de un Dios-Hombre, pues que en el mismo instante concibió un Hombre-Dios, cuyo cuerpo estaba formado de su propia sustancia. En cuanto al Espíritu Santo, no pudo ser llamado el Padre de Nuestro Señor, porque para ser Padre no basta hacer una cosa, sino que es preciso hacerla de su propia sustancia. Así pues, no decimos que el albañil es padre de la casa que construye, porque la ha hecho con la piedra, la madera, etc., y no de su propia carne. Pues bien, es cierto que el Espíritu Santo hizo el cuerpo del Hijo de Dios; pero lo hizo de la carne y sangre de María, y no de su propia sustancia. Hé aquí por qué Nuestro Señor no es hijo del Espíritu Santo, sino como Dios, Hijo de Dios el Padre, de quien procede su divinidad, y como hombre, Hijo de María, de quien procede su carne humana.

Al decir que el Hijo de Dios fué concebido por obra del Espíritu Santo, no por eso decimos que esta Persona de la santísima Trinidad haya contribuido sola á la Encarnacion, porque aunque solo el Hijo tomara la naturaleza humana, sin embargo las tres Personas divinas tuvieron parte en este misterio. Es, en efecto, una regla en la fe cristiana que todo es comun á las tres Personas, en las cosas que Dios ha hecho fuera de sí, sin que la una haga mas que la otra, ó que la una obre sin la otra. El misterio de la Encarnacion es, pues, de esta clase. No obstante, se acostumbra en la Escritura atribuir á una persona en particular cosas que son igualmente comunes á las tres Personas; al Padre, por ejemplo, el soberano dominio de todas las cosas; al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo el amor. Si la Escritura atribuye, pues, especialmente al Espíritu Santo la obra de la Encarnacion, es en primer lugar porque este misterio supremo es la manifestacion⁴ del amor singular é infinito de Dios hácia los hombres, y en segundo lugar porque así está desterrada toda mancilla ó corrupcion de este misterio, en el cual todo es santo, el Espíritu Santo que lo hace, María que queda intacta, y el Niño que está exento de toda mancha⁵.

Mas si las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, ¿cómo es que solo se encarnó el Hijo? La siguiente comparacion empleada por los teólogos da una idea de este misterio: Cuando un príncipe se reviste de la púrpura real y otros dos le ayudan á vestirse, tres personas contribuyen al acto de vestirse, y no obstante una sola queda vestida. Del mismo modo en este caso las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, y solo el Hijo se revistió de carne humana⁶.

La segunda verdad que se nos enseña en el artículo tercero del Símbolo

⁴ *Catecismo del concilio de Trento*, t. I, pág. 89, n. 90.

⁵ *Nat. Alex. De Symb.* 154.

⁶ *Belar. Doctr. crist.* 29; *Nat. Alex. De Symb.* 162.

bolo es que el Verbo eterno al tomar la naturaleza humana, la unió á la naturaleza divina en una misma y única persona; de lo cual resulta: 1°. Que en esta union admirable cada una de las dos naturalezas conservó sus operaciones y propiedades, *sin que la gloria de la divinidad destruyese la humanidad*, dice san Leon, *ni que la elevacion de la humanidad rebajase la divinidad*. 2°. Que Nuestro Señor Jesucristo es Dios perfecto, pues existe en él toda la divinidad, y al mismo tiempo hombre perfecto, porque tiene un cuerpo y un alma como nosotros, y nos es semejante en todo, á excepcion de estar sin pecado. 3°. Que pues existen en Jesucristo dos naturalezas, existen tambien dos voluntades, la voluntad divina y la humana; pero entre estas dos voluntades no hay jamás oposicion. Siendo perfecta en el nuevo Adán la voluntad humana, quiere siempre, aunque muy libremente, lo que quiere la divina; sin embargo, como hemos dicho ya, solo hay en Jesucristo una sola persona, que es la divina. La naturaleza divina y la humana son en Jesucristo una sola persona, casi lo mismo que el alma y el cuerpo son en nosotros un solo hombre.

Y nació de la Virgen Maria. La tercera verdad es la maternidad divina y la virginidad perpetua de María.

4°. La maternidad divina. Concebir y parir constituyen la maternidad; María concibió, pues, en su casto seno á Nuestro Señor, Hijo único de Dios, verdadero Dios y hombre, reuniendo en la persona del Verbo la naturaleza divina y la humana; formó, como todas las madres, su cuerpo de su sustancia y de su sangre virginal, lo llevó durante nueve meses, y además lo dió á luz: luego María es verdaderamente y con toda la propiedad de la expresion Madre de Dios. Y lo es, no por haber dado á luz á la divinidad, lo cual es demasiado absurdo para que se haya presentado nunca á la mente de ningun cristiano, ni tampoco porque sea madre solamente de la carne del Hombre-Dios, pues no se dice que las demás madres solo son madres del cuerpo de sus hijos, aunque no engendran su alma, porque conciben y dan á luz un hombre compuesto de un cuerpo y un alma⁴; sino que la santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios, porque concibió y dió á luz un Hombre-Dios, es decir, un hombre verdadero, formado de su sustancia y unido personalmente á la divinidad. Tal es la doctrina formal de la Escritura. *Concebirás en tu seno*, dice el Arcángel á María, *y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios*⁵. Enterada por el Espíritu Santo del misterio de la Encarnacion, santa Isabel exclama al ver á María:

⁴ *Nec solius carnis mater est, sed hominis Dei, sicut alias matres solius corporis genitricis nemo recte dixerit, quamvis animam non pariant: concipiunt enim et pariunt hominem anima corporeque constantem.* (S. Cyril. *Epist. ad monach.*)

⁵ *Luc. 1, 32, 35.*

¿Y de dónde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á mí¹? Reasumiendo todos estos testimonios y otros mas, san Pablo dice con su lenguaje enérgico: *El Hijo de Dios fué hecho de la sustancia de la mujer*². Tal ha sido siempre, y tal es aun la fe del mundo católico solemnemente definida en el concilio de Éfeso, celebrado en 431, contra el impío Nestorio: Si alguno osare negar que Nuestro Señor es verdadero Dios y hombre, y por consiguiente que la Virgen santísima es Madre de Dios, anatema sea³! No hubo jamás anatema mas merecido; negar la maternidad divina de María, es negar la unidad de persona en Nuestro Señor Jesucristo, y es minar el Cristianismo por su base, porque es destruir la redención humana.

En cuanto á las razones por las cuales el Hijo de Dios quiso nacer de una mujer, los Padres y los teólogos designan dos principales; la primera, con objeto de rehabilitar uno y otro sexo, y demostrar que habia venido por la salud de los dos; y la segunda, porque convenia que la mujer, que habia sido la autora del mal, lo fuera del bien⁴.

2º. La virginidad perpetua de María. Es de fe católica y apostólica que la augusta Madre de Dios es la virgen por excelencia, que fué siempre virgen antes del parto, en el parto y despues de su divino parto. La Escritura y los Padres están unánimes acerca de este punto⁵.

Es un misterio indudablemente superior á la razon y á las leyes de la naturaleza el que una virgen conciba sin perder su virginidad; pero ¿no puede Dios hacer nada que sea superior á nuestra débil razon y superior á las leyes de la naturaleza que él mismo ha establecido? ¿No decimos en el principio del Símbolo: *Creo en Dios todopoderoso*? Sin embargo la creacion del mundo nos ofrece un ejemplo que facilita la creencia en este misterio. No ignorais que, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, la tierra no produce el trigo si antes no está labrada, sembrada, regada por la lluvia y calentada por el sol; y no obstante, en el origen de las cosas, cuando el trigo fué producido por primera vez, la tierra no estaba labrada, sembrada, regada ni calentada, sino que era virgen á su modo. Pues bien, al solo mandato de Dios omnipotente y por virtud de este Dios criador produjo súbitamente el trigo y las demás plantas, y de igual suerte produjo el precioso trigo del cuerpo animado del Hijo de Dios en el seno virginal de

¹ Luc. I, 43.

² Galat. IV, 4.

³ Si quis non confitetur Emmanuelem verum Deum esse, et ob id sanctam Virginem Deiparam, genuit enim illa incarnatum Dei Verbum secundum carnem, anathema sit. — Véase Canisius, *De Maria Deip.* lib. III, c. 49; Nat. Alex. *De Symb.* p. 162, y todos los teólogos.

⁴ S. Aug. *De divers. quæst.* 2; *D. Thom.* pág. 3, 9, 31, art. 4.

⁵ Nat. Alex. *De Symb.*

María, sin ninguna cooperacion de las leyes ordinarias, y al solo mandato de Dios por obra del Espíritu Santo¹.

El que una virgen dé á luz un hijo sin perder su virginidad, es tambien otro misterio parecido al primero, pero que no es menos posible á la omnipotencia de Dios. La misma naturaleza nos ofrece tambien ejemplos que obligan á nuestra razon á inclinarnos ante la doctrina de la fe. ¿No vemos todos los dias los rayos del sol penetrar y atravesar la sustancia sólida del vidrio sin romperlo ni dañarlo? Así pues, pero de una manera infinitamente mas incomprendible, Nuestro Señor nació de su divina Madre sin perjudicar en modo alguno su virginidad. ¿Por qué hemos de negar el poder de obrar este milagro al que mas adelante salió de su sepulcro sin romper su cerradura sellada, y entró por las puertas cerradas en el lugar donde estaban sus discípulos? Contrarrestar á Dios la omnipotencia y negar lo que no comprendemos, es para la razon el último término del baldon, porque es la señal mas característica de la extrema flaqueza².

Luego proclamamos con la mayor verdad y creemos con la mas completa certeza en María una virginidad perpetua y una perfecta integridad en la concepcion y en el parto de su divino Hijo. Tal es la fe constante del universo, expresada antes del acontecimiento entre los Judios por el profeta Isaías al anunciar que el divino Emmanuel, el Dios-Hombre, nacería de una Madre siempre virgen, y entre los mismos gentiles por el respeto profundo y universal hácia la virginidad, y por esta tradicion grabada en una piedra druídica recientemente descubierta: *Los druidas á la Virgen que debe parir, Virgini pariturae druides*; y despues del acontecimiento, proclamada por todos los Doctores y Concilios, que no han dejado de hacer notar además la *necesidad* de esta virginidad perpetua en la Madre del Hijo de Dios³.

En cuanto al nombre de María, que significa á la vez *señora*, *reina* y *esperanza*, como las cualidades de la augusta Virgen debe excitar en nosotros todos los sentimientos del mas profundo respeto, unidos á una confianza filial, pues para nosotros ella es María, nuestra madre y modelo. En efecto, así como Nuestro Señor es el segundo Adán, María es la segunda Eva. Dios dijo á Eva: *Parirás con dolor*⁴, y María, exenta de esta ley, pare el Verbo encarnado sin dolor y sin trabajo. Habiéndose unido el segundo Adán á la naturaleza humana, y habiendo

¹ Belar. *Dottr. crist.* 26.

² Hablamos en otra parte del lugar, época, hora y circunstancias del divino parto de María.

³ Nova nativitate genitus est, conceptus à virgine, natus ex virgine, sine paternæ carnis concupiscentia, sine maternæ integritatis injuria: quia futurum hominum Salvatorem talis ortus decebat, qui et in se haberet humanæ substantiæ naturam, et humanæ carnis inquinamenta nesciret. (*S. Leo, Serm. II de Nativ.*; Nat. Alex. *De Symb.*

⁴ Genes. III, 16.

nacido de un modo enteramente sobrenatural, es preciso tambien que para unirnos á él y participar de su redencion nazcamos, no de la sangre y de la carne, sino de Dios, y que vivamos por consiguiente como criaturas nuevas animadas de un espíritu nuevo⁴. Tal es el medio que tenemos de representar en nosotros mismos alguna imágen de la virginidad sin mancha de María y del nacimiento enteramente santo del Hijo de Dios.

Esta idea nos conduce á hablar de las ventajas sociales del artículo tercero del Símbolo. *Una concepcion santa, un Dios niño y una Madre virgen*; en estos tres dogmas, propuestos diez y ocho siglos hace á la fe del universo, se halla el gérmen fecundo de la rehabilitacion de la familia, y con ella, de la sociedad.

Una concepcion santa en la cual no tiene parte alguna el hombre carnal y torpe; hé aquí la idea modelo que ha cambiado todas las ideas bajo las relaciones y los deberes de los esposos, y á ella es debida la santidad del matrimonio cristiano, las costumbres angélicas de las familias, y su felicidad durante la larga duracion de los siglos de fe. ¿Quereis la prueba de ello? Leed la historia de los pueblos antiguos; ¿qué era para ellos el matrimonio? ¿Qué respeto, qué santidad, qué terror religioso presidian al cumplimiento de las sagradas obligaciones de los esposos? Mirad despues lo que pasa en el dia en los pueblos sumidos aun en las sombras de la muerte, y hasta á vuestros ojos en las sociedades y familias en que se disminuye la influencia de la verdad cristiana. Luego es cierto que el dogma de la concepcion enteramente espiritual de un Dios hecho hombre y modelo del hombre, propuesto á la fe del universo, lo ha ennoblecido todo en la familia, porque ha contribuido á santificarlo todo.

Un Dios niño. Decidnos qué era el niño entre las naciones gentílicas de la antigüedad, lo que es aun entre los pueblos idólatras de nuestros tiempos, y hasta en qué se convierte en las sociedades y familias en que pierde su influencia el dogma cristiano; decidnoslo, y veréis lo que el mundo debe á esta segunda parte del artículo tercero de nuestro Símbolo. ¡Oh! sí, un Dios hecho niño, un Dios que dice: Desgraciado el que atente á la vida, á la inocencia ó á la libertad del menor de estos niños que son mis hermanos; este Dios salvó la infancia, y es el único que ha hecho desaparecer el derecho brutal de matar al niño, de exponerlo, venderlo, quemarlo, y convertirlo en un pasto.

Una Madre virgen. Á estas tres palabras debe la mujer su rehabilitacion, pues convertidas en dogma de fe, lo han cambiado todo respecto á ella: ahí está la historia aun para probarlo. ¿Qué era la mujer en el gentilismo antiguo? ¿Qué es aun en el gentilismo moderno? ¿Quién la ha sacado de la servidumbre y abyeccion, é impide que

⁴ Joan. I, 13; Rom. VI, 4.

vuelva á caer en ellas? El dogma católico; porque podeis ver lo que es de ella en las sociedades y familias que pierden el Cristianismo. Luego que resonaron, pues, en el mundo diez y ocho siglos há estas palabras, *nació de la Virgen María*, el hombre asombrado cambió de ideas y sentimientos respecto de la mujer. En efecto, á la Eva antigua, fuente de todo mal, sucedia una Eva nueva, manantial de todo bien; el hombre empezó á respetar la mujer, viendo cuál la honraba Dios en María, cuál era santa en María, y cuán útil habia sido en María al género humano; la mujer no fué ya una esclava, un animal de carga, y se convirtió en la noble compañera del hombre, rodeada de afecto y miramientos; y emancipada por el Cristianismo, volvió á encontrar su dignidad moral, é hizo aprovechar la sensibilidad de su corazón, la actividad y todos los recursos de su espíritu en bien del hombre y de la sociedad entera, y el mundo fué transformado.

Hé aquí, sin embargo, el milagro producido por estas pocas palabras del Símbolo católico, *fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de la Virgen María*. ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis un corazón para no amar, y un espíritu para no comprender?

El artículo cuarto del Símbolo está concebido así: *Padeció bajo Poncio Pilatos, fué crucificado, muerto y sepultado*, y nos enseña que el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, despues de haber conversado entre los hombres cerca de treinta y tres años, fué injustamente condenado á muerte por Poncio Pilatos, á petición de los Judios, clavado en una cruz donde murió, y despues de su muerte, honrosamente sepultado por algunos de sus discípulos. Nada hay mas necesario que el conocimiento de estas verdades, pues son la base y consumacion de nuestra salvacion; el fin de todas las figuras, profecias y sacrificios desde el principio del mundo, y el término de la sabiduría, de la misericordia y de la omnipotencia de Dios. Hé aquí por qué el grande Apóstol se gloriaba de no saber mas que una sola cosa: Jesús, y Jesús crucificado.

Penetremos con un respeto mezclado de terror en las profundidades de este misterio. 1º. ¿Quién es el que padeció? El mismo Hijo de Dios hecho hombre por amor á nosotros. Los Apóstoles mencionan los padecimientos de Nuestro Señor en el momento despues de haber hablado de su nacimiento, porque Nuestro Señor nació para padecer, y siempre padeció no solamente las privaciones, las penas y las fatigas de su infancia, de su vida oculta y de su vida pública, sino tambien los dolores de su pasion, cuya imágen estaba sin cesar delante de sus ojos⁴. Padeció toda clase de dolores, y en el mas alto grado, en su espíritu y en su alma; no padeció como Dios, porque siendo Dios infinitamente perfecto, no puede padecer; pero en Nuestro Señor la di-

⁴ Dolor meus in conspectu meo semper. (Psalm. XXXVII, 18.)

vinidad daba á los padecimientos de la humanidad un valor infinito.

2º. ¿Cómo padeció? Padeció libremente, porque Dios podía dejar al hombre en su pecado sin perjudicar ninguna de sus perfecciones⁴; podía además rescatarle por otros mil medios, tales como la Encarnacion sola, ó una lágrima, una oracion ó una gota de la sangre adorable de Nuestro Señor, pues siendo cada una de estas cosas de un precio infinito, bastaba y aun con exceso para satisfacer á la justicia divina; finalmente, Nuestro Señor padeció libremente bajo el sentido de que él mismo fué quien dió á sus enemigos el poder de hacerle padecer, pues de otra suerte nada hubieran podido contra su adorable persona.

Así pues, todas estas palabras de la Escritura: *Es preciso* que el Hijo del Hombre sea crucificado; *es preciso* que el Hijo del Hombre padezca mucho; *era preciso* que el Cristo padeciera para entrar en su gloria, no expresan mas que una necesidad moral, es decir, que supuesto el consejo de Dios, que habia escogido los padecimientos de Nuestro Señor como el remedio mas conveniente á nuestros males, y como el medio mas propio para rescatarnos, fué preciso que Nuestro Señor padeciese los tormentos de la pasion y muerte, como lo hizo.

3º. Padeció por amor. Llevando hasta el exceso los dolores y las ignominias, quiso mostrarnos la magnitud del pecado, la severidad de la justicia divina, el precio de nuestra alma, y por consiguiente la inmensidad de su amor, para obtener el nuestro, y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad. Y si se dijo en la Escritura que era preciso que Nuestro Señor padeciese, debe entenderse como lo hemos advertido, de la necesidad resultante de la aceptacion voluntaria que Nuestro Señor hizo de la cruz como medio de salvar al mundo, y de ningun modo de una necesidad anterior y absoluta².

4º. ¿Por qué padeció? Nuestro Señor padeció para reparar la gloria de su Padre, expiar el pecado, rescatar al hombre y servirle de modelo: caridad hácia Dios, y hácia nosotros dulzura, paciencia, humildad, amor á los enemigos, piedad filial y obediencia; no hay una virtud de que no nos diera el ejemplo en su pasion, no hay título alguno que dejara de adquirir á nuestra gratitud.

5º. ¿Por quién padeció? Por todos los hombres sin excepcion, y para todos sin excepcion mereció las gracias necesarias para nuestra salvacion. Pero si Nuestro Señor dió satisfaccion por todos los hombres, si les granjeó la salvacion, ¿cómo es que tan inmenso número de ellos se pierde, y cómo es que estamos obligados á hacer penitencia? Es indudable que Nuestro Señor dió satisfaccion por todos los hombres, y alcanzó para todos los medios de salvarse; pero es preciso

⁴ Quis tibi imputabit si perierint omnes nationes terræ? (*Sap. xii, 12.*)

² D. Thom. 3, p. 9, 46, art. 6.

que esta satisfaccion se aplique á cada uno de nosotros⁴. Pues bien, esto se efectúa por medio de la fe, por los Sacramentos, por las buenas obras, y en particular por medio de la penitencia. Luego es preciso hacer penitencia y practicar buenas obras, aunque Nuestro Señor haya padecido y trabajado por nosotros, y muchos se condenan por no cumplir con esta condicion. En efecto, ó no quieren tener fe, como los Judíos, los mahometanos y los herejes; ó no quieren recibir los Sacramentos, confesarse y comulgar, como los indiferentes; ó no quieren hacer penitencia de sus pecados, y resolverse á vivir conforme á la ley de Dios, como los malos cristianos. Un ejemplo explicará claramente esta verdad. Un hombre que ha trabajado mucho, y que con sus sudores y fatigas ha ganado bastante dinero para pagar todas las deudas de los habitantes de una ciudad, deposita todos sus tesoros en un banco con orden de dárselos á todos los que presenten una libranza de su parte. No puede negarse que este hombre habrá por su parte pagado todas las deudas de los habitantes, y no obstante podrá suceder que muchos queden cargados con las suyas, porque no habrán querido ir á buscar una libranza y presentarla en el banco, ya por orgullo, ya por pereza, ya por otra cualquiera razon².

6º. ¿Bajo quién padeció? Bajo Poncio Pilatos. Los Apóstoles nombraron con un motivo muy prudente en este artículo al gobernador romano que condenó á muerte al Salvador, pues por una parte dieron una prueba fehaciente de que Nuestro Señor era ciertamente el Mesías, habiendo muerto en el momento en que, según la profecía de Jacob, el cetro habia salido de la tribu de Judá, y por otra parte demostraron su sinceridad y la certeza de este grande acontecimiento. Si lo hubieran inventado, habrian ellos mismos proporcionado á todo el mundo el medio de convencerles de impostura. Hubiera bastado para esto probar que Poncio Pilatos, gobernador de la Judea, no habia condenado á muerte á hombre alguno que se llamara Jesús de Nazareth, lo cual hubiera sido facilísimo, porque se conservaba en los archivos del Senado en Roma la relacion de todos los acontecimientos que tenian lugar en las diferentes provincias del Imperio. Á este relato de Pilatos remitian los primeros apologistas á los gentiles para ilustrarlos y convencerlos.

Así pues, la muerte del Salvador, acaecida bajo Poncio Pilatos, es un hecho tan cierto que al hablar Tácito del incendio de Roma en tiempo de Neron, afirma positivamente que este Emperador acusó á los Cristianos, llamados así á causa del *Cristo* que habia sido condenado á muerte bajo el reinado de Tiberio mientras Poncio Pilatos go-

⁴ Etsi Christus pro omnibus mortuus sit, non omnes tamen mortis ejus beneficium recipiunt; sed ii dumtaxat quibus meritum Passionis ejus communicatur. (*Conc. Trid. sess. VI, c. 3.*)

² Belar. *Dottr. crist.* 35.